

Contra Mundum
No. 12, Verano 1994

La Lectura como una Búsqueda de lo Divino: El Modelo Redentor del Análisis Literario

Por Suzanne U. Clark

Copyright © 1994 Suzanne U. Clark

Diferentes métodos de análisis crítico pueden añadir ricas capas de significado al entendimiento propio de la literatura, pero algunos, como el enfoque Freudiano que mira símbolos fálicos en lugar de postes de lámparas, o la deconstrucción, que no mira nada (o, a la inversa, lo permite todo) pueden restringir más bien que iluminar. Recientemente estaba echando un vistazo a un libro de texto de literatura de primer año y noté que faltaba lo que no esperaba encontrar: ninguna mención, en su sondeo de importantes enfoques críticos, de un modelo bíblico. Y aún así ningún otro patrón se ajusta tan bien, ni explica de manera tan global los elementos interactivos de la ficción. Después de todo, el mismo género refleja la manera en la que Dios ha ordenado la historia humana. La trama, con su principio, el medio y el fin, y el suspenso que acompaña a estos movimientos (aunque en la ficción contemporánea la trama no es generalmente enfatizada, con el argumento de la historia más como una perforación) ciertamente refleja la manera en que una vida se mueve a través del tiempo. Un punto de vista omnisciente testimonia de la manera en que Dios lo ve todo, lo conoce todo. Los personajes – los exitosos – son como las personas reales en su complejidad – compuestos de bien y mal. Son como la gente real en el hecho que deben sufrir – su autor, al estilo de Dios, los hace sufrir – y sus pruebas los mejoran o los destruyen. El hecho que los escritores trabajan a partir del propósito y el designio (aún cuando sus obras declaran el absurdo), y que los lectores buscan entender los significados mayores, testimonia de la naturaleza temática de la existencia, lo que el poeta William Blake expresó como ver el mundo en un grano de arena.

Flannery O'Connor entendía profundamente la dimensión espiritual de la literatura, escribiendo en *“La Naturaleza y Propósito de la Ficción”* que la ficción es “muy parecida a un acto encarnacional.” Con esto quería dar a entender “que en la ficción cada idea – hasta la más exaltada y misteriosa – debe tomar una forma física. Si la Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros, el mundo material, aún en su sentido más humilde y sórdido, puede ser una señal de la vida Divina.”¹

Examinando el aspecto divino un poco más, uno mira en el escrito de O'Connor el concepto de un momento de gracia o valoración, una noción fundamental de su obra en la que a ciertos personajes – aquellos que son, diremos, elegidos – se les ofrece (mayormente a través de medios violentos) el momento redentor por el cual obtienen un verdadero auto-conocimiento y pueden, de este modo, conocer a Dios. La abuela en *“Un Hombre Bueno es Difícil de Encontrar”* es un perfecto ejemplo del personaje embargado por la gracia. Amenazada a punta de pistola por un fugitivo convicto, la abuela se despoja de su auto-justicia y de su religión estrecha y es conducida al profundo reconocimiento de que es, ella misma, una inadaptada social (el nombre de su asesino, a quien le grita, “Porque tú eres uno de mis bebés. ¡Tú eres uno de mis propios hijos!”). Su conversión, fiel al requerimiento de Cristo que uno debe volverse como un pequeño niño para

1 Ragen, Brian Abel. *Unos Restos en el Camino a Damasco* (Chicago: Loyola UP, 1989), p. 1.

heredar el reino de los cielos, es acompañada de su muerte: "... la abuela medio se sentó y medio se recostó en un charco de sangre con sus piernas cruzadas debajo de ella como las de un niño y su rostro dirigiéndole una sonrisa al cielo sin nubes."

El Inadaptado, un predador desprovisto de gracia, tipifica el personaje en la ficción de O'Connor cuyo día de salvación hace mucho ha pasado y quien, por lo tanto, *no puede* creer. (Los temas Calvinistas en la obra de la Católica O'Connor son asombrosos, pues las doctrinas de la predestinación, la depravación total y la redención son muy fuertes.) Hablando de Cristo levantando a los muertos, él le dice a la abuela:

"Me hubiese gustado haber estado allí," dijo, golpeando el piso con su puño. "No es correcto que yo no estuviese allí porque si hubiera estado allí entonces sabría de primera mano." "Escuche Señora," dijo en voz muy alta, "si yo hubiese estado allí habría sabido de verdad y no sería como soy ahora."

Este concepto de transformación, que constituye la médula de lo que estoy llamando el modelo de análisis redentor, puede ser aplicado con gran utilidad a muchas obras literarias. Para mi propósito de ofrecer aquí lo que creo es un enfoque factible y fructífero para interpretar literatura, he seleccionado una muestra de obras comúnmente de antología, o de otra manera bien conocidas, unas que uso a menudo en mi clase de Inglés.

Pero primero podría preguntarse, ¿por qué toda la molestia? ¿por qué molestarse con el análisis crítico cuando uno puede simplemente acurrucarse con un buen libro y dejar que el mundo siga girando? La respuesta yace en el requerimiento de Dios de que caminemos con prudencia, una palabra que denota precaución para evitar el peligro. Un buen lector es un lector activo que busca entender cuáles valores y cuál visión de la vida están implicadas en una obra literaria. Uno lee, como dijo C. S. Lewis, para "expandir el ser propio." Pero para el Cristiano que busca amar al Señor con su mente, queda el peligro del adulterio intelectual. ¿Puede uno seguir siendo puro de corazón y aceptar el sexo y la violencia gratuita? ¿Puede él amar la ley de Dios y estar impertérrito por las novelas que se glorían en la profanidad o el ridículo de la religión Cristiana? La respuesta no es necesariamente rechazar los libros que contienen elementos ofensivos (vea mi artículo, "La Gloria de los Libros: Una Guía para los Padres que Educan a Sus Hijos en Casa"),² aunque ciertamente algunos libros debiesen ser desechados de los *Libros en Imprenta*, sino más bien leer con un discernimiento por el cual uno pueda glorificar a Dios aprobando las "cosas que son excelentes" y rechazando la falsa filosofía. (Estoy hablando aquí de obras de serio mérito literario, no la burda ficción comercial. El texto clásico de Lawrence Perrine, *Estructura, Sonido y Sentido*, define bien estas distinciones.) Por esta y otras razones, es crucial que el Cristiano tenga un marco Escritural para comprender y apreciar la literatura. Los métodos críticos ciertamente tradicionales – históricos, textuales y otros – han servido y continúan sirviendo bien. Pero en nuestro tiempo, cuando los significados absolutos son en gran parte despreciados y la subjetividad reina, el creyente debe ceñir su mente con sabiduría y conocimiento de Dios para que pueda continuar creyendo – incluso (especialmente) cuando lee libros.

El determinar la respuesta de un personaje ficticio a la prueba de la gracia es la base para el modelo redentor. Se ofrecen tres posibilidades, cada una de ellas sugiriendo una visión particular de la realidad o cosmovisión tal y como se refleja en la historia: derrota, derrota parcial y redención.

2 *Contra Mundum* 1, Otoño 1991, pp. 34-35.

Algunas veces un personaje no puede soportar el peso del conocimiento y es aplastado por él. Tal personaje puede ser descrito como derrotado. Dependiendo del tono de la historia y de otros factores, la caída de un personaje puede indicar la cosmovisión cínica o negativa del autor. El joven Buen Hombre Brown en la historia de Nathaniel Hawthorne por ese título pierde su Fe (y sucede que es el nombre de su esposa) y vive el resto de sus días como un hombre amargado y solitario. En esta historia, todos los personajes (la mayoría de los cuales son Puritanos derechos y piadosos) niegan su fe por participar en una reunión de brujería en el bosque (aunque Hawthorne deja abierta la posibilidad de que el viaje de Buenhombre Brown a través del bosque no es sino un sueño o una ilusión), sugiriendo de esta manera que la culpa Puritana (un ancestro de Hawthorne fue juez en los juicios de Salem) no puede ser absuelta – ni, se implica, se puede absolver la de ningún hombre, a menos que Hawthorne esté sugiriendo que el que uno siga viviendo como un hombre vacío y sin fe sea el castigo por la culpa y, por lo tanto, eso sea un tipo de absolución. La historia, por todo su arquetipo misteriosa y novedosa, por su perspicacia psicológica y fuerza de lenguaje, no revela ningún Salvador y no encuentra alivio en la expiación.

Otras dos historia que denotan la derrota del protagonista son “Miss Brill” de Katherine Mansfield y “Olas Medianas en Aguas Sin Protección” de Anne Tyler. El lector podría hallar beneficioso conseguir una copia de estas historias y examinarlas para el auto-conocimiento de los protagonistas, y luego derivar amplias generalizaciones sobre la condición humana. En el primer ejemplo, una mujer mayor engañada y lastimera es expuesta y destrozada, sugiriendo temas tales como la alineación de los ancianos, la crueldad y la descarada indiferencia de la sociedad, etc. En el segundo una joven divorciada llamado Bet es impulsado por circunstancias difíciles a enviar a su hijo retardado a una institución mental. Tan grande es su dolor (que abarca el dolor de su hijo lo mismo que su propia pérdida) que decide huir emocionalmente de la vida y se convierte en una espectadora. El tono de la historia, la trama y las imágenes sugieren el espantoso peso de la existencia en un universo que es visto como vacío. De hecho, el quebranto de Bet, su pena y resignación reflejan plenamente su condición perdida y su pobreza espiritual. En este sentido la historia es “verdadera” y tiene poder para conmover. Una vez más, articular una cosmovisión, y compararla a la luz de la Palabra de Dios, es el llamado del lector. Sin saberlo Bet (y supuestamente Tyler), Dios habita y gobierna el universo; Su Hijo, el Sumo Sacerdote, ciertamente es “tocado con el sentimiento de nuestras debilidades.”

Gregor en “La Metamorfosis” de Kafka ejemplifica al personaje parcialmente derrotado. En este famoso cuento surrealista en el que un hombre se despierta para descubrir que se ha convertido en un gigantesco escarabajo, se muestra al mundo como inseguro, un mundo donde el amor humano es caprichoso, convirtiéndose fácilmente en crueldad, y donde los valores materialistas prevalecen sobre lo espiritual. Pero a pesar de esta sombría realidad y su reducción a un repugnante bicho que parece al final de la historia, Gregor asciende, conducido por alguna música ideal distante (“¿Acaso soy una bestia como para que la música me conmueva así?” clama Gregor al escuchar a su hermana tocar su violín. Hundiéndose en el piso para estar más cerca, arriesga su vida en las manos de su horrorizada familia y sus huéspedes). Tal deseo, convertido por el autor en su mundo ficticio, es la *sensucht* de la que habla C. S. Lewis; el hambre del corazón por Dios. De este modo, mientras Kafka sugiere “el mundo nunca tuvo la intención de ser para alguien tan bello como tú,” como Don McLean cantaba de Vicente Van Gogh en “Noche Estrellada” pero que podría fácilmente ser el idealista y no amado Gregor, *La Metamorfosis* afirma la existencia de un plano superior con sus valores acompañantes de justicia, bondad y belleza. Kafka sabe que el mundo en el que vivimos, nos movemos y existimos es un

mundo caído, pero él no sabe que Dios está con nosotros, que Su reino está con los hombres.

Algunas veces la derrota del protagonista sugerirá no una cosmovisión cínica sino un orden moral como en *Macbeth*. Violar las leyes de Dios es invitar a la destrucción cierta. Las obras de Shakespeare están bien fundamentadas en este precepto; de igual forma, aquellas de los antiguos Griegos – *Edipo*, por ejemplo. Nuestra simpatía por el héroe caído está mezclada con temor en el reparo de que los seres humanos no son autónomos sino que están sujetos a los juicios pavorosos de un Orden Superior (percibido como la Fortuna para los Griegos), resultando en el sentido de alivio que Aristóteles llamó *catarsis*: El pecado ha sido castigado y el orden ha sido restaurado. Para un tratamiento más completo de la tragedia (donde el movimiento dramático es de la fortuna a la ruina), como opuesta a la comedia (donde el protagonista asciende de lo bajo a lo noble), recomiendo el excelente libro de Gene Veith *Leyendo Entre Líneas*.

El personaje redimido es uno que es cambiado positivamente a través del sufrimiento, por medio de las obras misteriosas de la divinidad (sea esta reconocida o no). Tal es el caso con los personajes centrales en una de mis historias cortas favoritas, “Una Pequeña Cosita” por Raymond Carver. Un hombre y una mujer deben sobrevivir a la terrible experiencia del accidente de su hijo Scotty (quien fue arrollado por un vehículo) y la muerte subsiguiente luego de un coma de la cual nunca despertó. Mientras van haciendo rápidas paradas por su casa, luego de venir del hospital, son atormentados por una persona que hace llamadas anónimas y cuyas declaraciones raras y amenazantes añaden peso a su angustia. Al final, después de la muerte de su hijo, la pareja descubre que quien llama es un panadero a quien la esposa le había ordenado un pastel de cumpleaños para Scotty pero que no había ido a recogerlo debido a los terribles eventos. Llenos de una cólera asesina Howard y Ann conducen a medianoche hasta la panadería donde confrontan al hombre que trabaja toda la noche para hacer pasteles para las celebraciones de otras personas mientras él permanece solo. La conclusión de la historia reúne a los personajes de una manera maravillosa y sacramental mientras encuentran perdón y abrigo al partir y comer juntos el pan.

“El Granero en Llamas” de Faulkner es otra historia poderosamente redentora donde un joven muchacho debe escoger entre la lealtad a su padre frío, fiero y con mentalidad criminal y la obediencia a su conciencia. La decisión del muchacho de desafiar a su padre y hacer sonar la alarma de que su “Pa” va a quemar el granero del patrón causa en el muchacho una gran angustia en su alma pero le conduce a su liberación.

Se podrían citar muchos otros ejemplos pero el punto es que el autor, cuyo personaje central encuentra salvación, incluso frente a la pérdida y el dolor, está mirando hacia fuera a través de una ventana a las llanuras de la misericordia. Tal obra literaria, en mi opinión, es la que refleja más claramente la realidad y es la más satisfactoria. El que Poppa John, en la novela de Larry Woiwode del mismo nombre, se levante de su estado alcohólico – similar al de una bestia – para contemplar al Varón de Dolores me toca profundamente; que está tan abrumado con su propia indignidad y pecado que trata de tomar su propia vida es algo que pone a la vista la espeluznante fuerza del amor realizado de Cristo; que es salvado, tanto física como espiritualmente, por el Dios de quien había buscado esconderse como un actor profesional y a través de los efectos soporíferos del alcohol, traza un paralelo con el drama de la gracia mientras es representado en seres humanos reales para transformarles para siempre.

Finalmente, me debiese adelantar a añadir que no todos los personajes en la ficción literaria se ajustan a estos patrones. Phoenix Jackson, aquella antigua legendaria de la encantadora historia

de Eudora Welty “Un Sendero Desgastado,” nunca cambia (lo cual es el punto de la historia) y no experimenta epifanías, sino que una devoción obstinada a su pequeño nieto enfermo le obliga a seguir un sendero a lo largo del Sendero Natchez al pueblo en busca de la medicina, año tras año aún cuando sus ojos son débiles y olvida para qué vino. Es algo bueno que los elementos de la ficción no siempre coinciden con las prescripciones que se les asignan porque el arte, por naturaleza, trasciende todos los intentos de ser trazado gráficamente, de ser medido y resuelto y que buscan limitarlo. Leer críticamente no es pensar matemáticamente ni tampoco quiere decir dejar que la razón huya mientras se confía en respuestas puramente subjetivas. Más bien, es decir cuando se encuentra alguna expresión de lo divino en los libros o en cualquier otra parte, “Tal conocimiento es demasiado maravilloso para mí. Alto es; no lo puedo comprender.” Pero ciertamente lo podemos alcanzar con toda nuestra mente y corazón. **CM**